

IX

Por lo general, sus enfados no duraban mucho, fundiéndose con un trozo de música tocada al piano, ó con las mimosas efusiones de Fanny; pero esta vez la guardó serio rencor, y durante muchos días vióse en su frente el mismo entrecejo, el mismo silencio de odio, poniéndose á dibujar en cuanto acababa de comer, negándose á salir con ella.

Era como una súbita vergüenza de la abyección en que vivía, el temor de encontrarse de nuevo con la carretilla que subía por la alameda, y con aquella límpida sonrisa de juventud, en la que pensaba constantemente. Luego, con la confusión de un sueño que se va, de una decoración que se rompe para las metamorfosis de una magia, la aparición hizose más vaga, se perdió en su lontananza de bosque, y Juan no vol-

vió á verla. Quedábale únicamente un fondo de tristeza, de que Fanny creyó saber la causa, y resolvió desembarazarle de él.

—Ya está hecho—le dijo un día muy contenta...—He visto á Déchelette... Le he devuelto su dinero... Le parece, como á tí, que así es más decente: no sé por qué... En fin, ya se acabó... Más adelante, cuando yo esté sola, se ocupará del niño... ¿Estás contento?... ¿Sigues teniéndome rencor?

Y le contó su visita á la calle de Roma, su sorpresa al encontrar, en lugar de la caravanera ruidosa y loca por la que pasaban delirantes pandillas, una casa burguesa tranquila, guardada por una consigna muy severa. Acabáronse las galas y los bailes de máscaras, y la explicación de este cambio estaba hecha con estas palabras, escritas con lápiz blanco sobre la puertecita del estudio, por algún parásito despedido y furioso: *Cerrado por lío.*

—Y es la verdad, querido... Déchelette, al llegar, se ha encaprichado de una mujer del Skating, Alicia Doré; vive con él desde hace un mes, en familia, absolutamente en familia... Una mujercita muy linda, muy dulce, una oveja...

Entre los dos no hacen ruido ninguno... He prometido que iríamos á verlos; esto nos hará variar del cuerno de caza y de las barcarolas... Pero ahí tienes, ¿eh? el filósofo con sus teorías... No tengo día siguiente, no quiero tener un lío... ¡Ah! ¡Bien le he bromeado!

Juan se dejó llevar á casa de Déchelette, al que no había vuelto á ver desde que se lo encontró en la Magdalena. Hubiérase sorprendido mucho si entonces le hubiesen dicho que llegaría á tratar sin repugnancia al cínico y desdeñoso amante de su querida, llegando á ser amigo suyo. Desde la primera visita, maravillábase al sentirte tan á su gusto, encantado por la dulzura de aquel hombre que tenía la bondadosa risa de un niño con su barba de cosaco, una serenidad de carácter que no alteraban las crueles crisis del padecimiento de hígado que aplomaban su tez, y las ojeras de sus ojos.

¡Y qué bien se comprendía la ternura que inspiraba á esa Alicia Doré, de manos mórbidas y blancas, de belleza rubia insignificante, pero realzada por sus carnes de flamenca, tan doradas como su nombre. Oro tenía en sus cabellos, en las pupilas, en la franja de las pestañas, brillan-

do en su cutis y hasta debajo de las uñas.

Recogida por Déchelette en el asfalto del Skating, entre las groserías y brutalidades del convenio que, envuelto en torbellinos de humo, escupe el hombre, con un precio, sobre los afeites de la mujer pública, la urbanidad de éste la enterneció y sorprendió. Vióse transformada, de miserable res para el placer, en mujer; y cuando él quiso despedirla por la mañana con arreglo á sus axiomas, con un buen almuerzo y algunos luises, se afligió tanto, le pidió tan tierna, tan ansiosamente «déjame contigo más...» que no se sintió con valor para rehusar. Luego, un poco por respetos humanos, y otro poco por pereza, cerró su puerta ante aquella luna de miel casual que pasaba al fresco y en la calma de su residencia veraniega, tan bien dispuesta para el confort; y vivían así muy felices, ella con esas tier-nas solicitudes que jamás conoció, y él de la dicha que proporcionaba á este pobre ser y de su candorosoreconocimiento, experimentando también, sin darse cuenta de ello, y por vez primera el penetrante encanto de una intimidad de mujer, el misterioso sortilegio de la vida entre dos, en la conformidad de la bondad y de la dulzura.

Para Gaussín el estudio de la calle de Roma fué una diversión en el centro de acción bajo y mezquino en que se arrastraba su vida de empleado de poco sueldo, amancebado; gustábale la conversación de aquel sabio aficionado á las artes; de aquel filósofo con bata persa, ligera y muelle como su doctrina; aquellos relatos de viaje que Déchelette anotaba con el menor número de palabras posible, y tan á propósito entre los tapices orientales, los Budhas dorados, las Quimeras de bronce, el lujo exótico que aquella instalación inmensa, á la que llegaba el día desde lo alto de la montera de cristales, verdadera luz del fondo de un parque, movida por el débil follaje de los bambús, las palmas recortadas de los helechos arborescentes, y las enormes hojas de las estriligias confundiéndose con los filodendros, de flexibilidad tan delicada como las plantas acuáticas, que buscan la sombra y la humedad.

Los domingos, sobre todo, con aquel amplio vano sobre una calleja desierta del París estival, el estremecimiento de las hojas y el olor de tierra fresca al pie de las plantas, era aquello el campo y el bosque cubierto, casi lo mismo que

en Chaville, sin la promiscuidad y la trompa de los Hetteima, Nunca iba gente; sin embargo, una vez Gaussín y su querida, convidados á comer, oyeron desde antes de entrar la animación de varias voces. Caía la tarde, estaban tomando el *saki* en el invernadero, y la discusión parecía muy viva:

—Y á mí me parece que cinco años en Mazas, perdido el nombre, la vida destruída, es pagar bastante caro un arrebató de pasión y de locura... Firmaré la petición de usted, Déchelette.

—Es Caoudal...—dijo Fanny en voz baja, estremeciéndose.

Otra voz contestaba con la sequedad de una negativa: «Yo no firmo nada, porque no acepto ninguna solidaridad con ese tuno.»

—Ese es La Gournerie...—Y Fanny, estrechándose contra su amante, murmuraba: «Vámonos si te enoja verlos.»

—Enojarme, ¿por qué?... nada de eso... En realidad no se daba exacta cuenta de la impresión que experimentaría al encontrarse en presencia de aquellos hombres; pero no quería retroceder ante la prueba, deseoso de saber cuál

era el grado actual de celos á que había subido su miserable amor.

—Vamos, dijo; y se presentaron en la rosada luz de la caída de la tarde, que iluminaba los cráneos calvos y las canosas barbas de los amigos de Déchelette, tendidos en divanes bajos, alrededor de una mesa oriental en forma de escabel, sobre la cual temblaba en cinco ó seis vasos el licor anisado y lechoso que Alicia se disponía á servir. Las dos mujeres se abrazaron: «¿Conoce usted á estos señores, Gaussín?» preguntó Déchelette, moviendo tontamente su mecedora.

¡Que si los conocía!... Por lo menos dos de ellos éranle ya familiares, en fuerza de haber mirado durante horas enteras sus retratos en los escaparates de celebridades. ¡Cómo le habían hecho sufrir; qué odio había sentido contra ellos, un odio de herencia, una rabia que le daba tentaciones de abalanzarse á ellos, morderles la cara, cuando los encontraba en la calle!... Pero bien decía Fanny que aquello se le pasaría: ahora eran para él rostros conocidos, casi parientes, tíos lejanos, con los que se encontraba.

—¡Siempre está hermoso este chico!...—dijo

Caoudal tendido cuan larga era su gigantesca estatura, y poniéndose un abanico de chimenea delante de los ojos para resguardarlos del reflejo de los cristales. «Y Fanny, vamos á ver...» Incorporóse sobre un codo entornó sus ojos de inteligente. «La cara se conserva todavía: pero el talle, haces bien en apretártelo...; en fin, consuélate, hija mía. La Gournerie está mucho más gordo que tú.»

El poeta frunció la boca desdeñosamente. Sentado á la turca sobre un montón de cojines, —desde su viaje á Argelia pretendía que no le era posible sentarse de otro modo,—enorme, pesado, no restándole más rasgo de inteligencia que su frente sólida bajo una melena blanca, y su dura mirada de negrero, afectaba con Fanny una reserva mundana, una exagerada urbanidad, como para dar una lección á Caoudal.

Dos paisajistas de cabezas curtidas y rústicas completaban la reunión: también ellos conocían á la querida de Juan, y el más joven dijo estrechándola la mano:

—Déchelette nos ha contado la historia del niño; es muy buena acción la que ha hecho usted, querida.

—Sí—dijo Caoudal á Gaussín;—sí, es muy delicado eso de la adopción... No es provinciano.

Parecía ella turbada con aquellos elogios, cuando se oyó que tropezaban con un mueble en lo obscuro del estudio, y una voz preguntó: «¿No hay nadie?»

Déchelette dijo:

—«Aquí está Ezano.»

Á éste, Juan no le había visto nunca; pero sabía el lugar grande que ocupaba en la existencia de Fanny Legrand aquel bohemio, aquel fantasista, actualmente arreglado, casado, jefe de negociado en Bellas Artes, y se acordaba de un paquete de cartas apasionadas y encantadoras. Adelantóse un hombrecillo, enflaquecido, acartonado, de rígido andar, y que daba la mano desde lejos, teniendo á su interlocutor á distancia por un hábito de estrado, de figuración administrativa. Pareció sorprenderse mucho al ver á Fanny, sobre todo al verla hermosa aún después de tantos años.

—¡Calle!... Safo... Y un súbito rubor alegró sus mejillas.

Este mote de Safo, volviéndola á su pasado

y acercándola á sus antiguos amantes, la causo cierta contrariedad.

—¡Y el Sr. de Armandy que nos la ha traído!...—dijo con viveza Déchelette para prevenir al recién venido. Ezano saludó: pusiéronse á charlar. Fanny, tranquilizada al ver cómo tomaba las cosas su amante, y envanecida con él por su belleza, por su juventud, ante artistas, ante inteligentes, mostróse muy alegre y locuaz. Entregada por completo á su actual amor, apenas se acordaba de sus relaciones con aquellos hombres: de los años de cohabitación, de vida común, en los que se hace la huella de las costumbres, de las manías que se adquieren en este contacto que sobrevive á todo, quedábanle, sin embargo, aquella manera de liar los cigarrillos que aprendió de Ezano, así como su preferencia al tabaco de Job y de hebra.

Juan comprobaba, sin la menor turbación, este pequeño detalle, que en otro tiempo le hubiese exasperado, experimentando, al sentirse tranquilo, la alegría de un prisionero que ha limado su cadena y siente que el menor esfuerzo le bastará para la evasión.

—¡Eh, pobre Fanny mía!—decía Caoudal con

tono chancero enseñándoselos...—¡qué mermal... ¡qué viejos están, qué apianados!... ¡¡que aplanados!!... ¡nosotros dos, solamente, somos los que seguimos firmes!

Fanny se echó á reír. ¡Ah! dispense el Coronel—así le llamaban á veces, á causa de su bigote.—No es lo mismo...; yo soy de otra promoción...

—Caoudal se olvida siempre de que es un anepasado—dijo La Gournerie; y al ver el ademán que hizo el escultor, á quien sabía herir en lo vivo.—«¡Premiado con la medalla de honor en 1840! gritó con su voz estridente: eso ya es una fecha, querido!...»

Entre estos dos antiguos amigos quedaba siempre un tono agresivo, una sorda antipatía, que nunca los separó, pero que estallaba en sus miradas, en sus menores palabras, y esto desde veinte años antes, desde el día en que el poeta robó la querida al escultor. Fanny no tenía ya nada que ver en ello; uno y otro habían tenido otras alegrías, otros dejes; pero el rencor subsistía, ahondándose más profundamente con los años.

—Mirennos ustedes á ics dos, y digan fran-

camente si soy yo el antepasado.—Ceñida la americana, que hacía resaltar sus músculos, Caoudal plantábase de pie, erguido el pecho, sacudiendo su melena espesa, en la que no había un solo pelo blanco.

—Premio de honor en 1840... cincuenta y cuatro años dentro de tres meses... ¿Y qué más? ¿Qué se prueba con eso?... ¿Es la edad la que hace viejo?... Sólo en la Comedia francesa y en el Conservatorio se acaban los hombres á los sesenta años, les tiembla la cabeza y arrastran los pies y encorvan la espalda, y se les aflojan las piernas, con accidentes seniles. Á los sesenta años ¡pardiez! se anda más derecho que á los treinta, porque se cuida uno; y la mujer le engancha á uno todavía, si el corazón sigue joven y caliente y llena todo el caparazón...

—¿Lo crees así?—dijo La Gournerie, que miraba á Fanny burlándose de él.

Y Déchelette con su bondadosa sonrisa:

—Sin embargo, tú dices siempre que no hay nada como la juventud, lo repites cien veces...

—Mi chica la Cousignard es la que me ha hecho cambiar la idea... Cousignard, mi nuevo mo-

delo... Dieciocho años, redondeces y hoyuelos por todas partes, una Clodi6n... Y tan buena muchacha, tan plebeya, hija del París de la plaza, donde vende aves su madre... Tiene frases estúpidas, que le obligan á uno á abrazarla; frases que... El otro día en el estudio encontró una novela de Dejoie, miró el título: *Teresa*, y lo cerró, haciendo un lindo gesto de desagrado. «Si eso se hubiera llamado ¡*Pobre Teresa!* me habría pasado leyendo toda la noche...» Os digo que me tiene loco...

—¿De manera que ya estás otra vez amancebado?... Y dentro de seis meses una ruptura, lágrimas como el puño, aburrimento del trabajo, cóleras para romperlo todo...

La frente de Caoudal púsose sombría.

—Es verdad que nada es durable... Se reúne uno, se separa...

—Entonces ¿á qué reunirse?

—¿Pues y tú?... ¡Crees que te va a durar toda la vida tu flamenca!...

—¡Oh! Nosotros no estamos amancebados... ¿No es verdad, Alicia?

—Es cierto—contestó con voz dulce y distraída la joven que estaba de pie sobre una silla,

cogiendo glicinas y hojas verdes, para el ramo de la mesa. Déchelette continuó:

—No habrá ruptura entre nosotros, lo dejaremos... Hemos firmado un convenio para pasar dos meses juntos; el último día nos separaremos sin desesperación y sin sorpresa... Yo volveré a Ispahán... ya he tomado mi billete de coche-cama.—Y Alicia regresará á su cuartito de la calle de Labruyère, que sigue alquilado por ella.

—¡Tercero sobre entresuelo! ¡Lo más cómodo que puede haber para tirarse por la ventanal

Y al decir esto, sonreía la joven, sonrosada y luminosa en el poniente día, con su pesado ramo de flores en la mano; mas era tan profundo el acento de sus palabras, tan grave, que nadie contestó. El viento refrescaba; las casas de enfrente parecían más altas.

—¡Vamos á comer! gritó el Coronel... Y á decir locuras...

—Sí, eso es; *gaudeamus igitur*... divirtámonos mientras que somos jóvenes, ¿no es eso, Caudal?... dijo La Gournerie con falsa risa...

Pocos días después Juan pasaba de nuevo por la calle de Roma; hallábase con el estudio cerrado, el gran cortinón de cutí cerrando las vidrie-

as, y un sombrío silencio desde las bodegas hasta la azotea. Déchelette habíase marchado á la hora indicada en que terminaba su contrato. Y pensó: «¡qué hermoso es hacer en la vida lo que se quiere, gobernar su razón y su corazón!... ¡Tendré yo alguna vez este valor?...»

Una mano se apoyó en su hombro.

—¡Buenos días, Gaussín...

Déchelette, con ademán cansado, más amarillo y más sombrío que de costumbre, explicóle que no partía aún, porque le retenían en París algunos asuntos, y que vivía en el Grand-Hotel porque le horrorizaba el estudio después de aquella espantosa historia...

—¿Qué historia?

—Es verdad, que usted no sabe... Alicia ha muerto... Se ha matado... Espere usted que vea si tengo alguna carta...

Volvió en seguida, y al par que hacía saltar las fajas de los periódicos con un dedo, nerviosamente, hablaba con voz sorda, como un sonámbulo, sin mirar á Gaussín, que iba á su lado.

—Sí; se ha matado tirándose por la ventana, como dijo la tarde que estuvo usted allí...

¿Qué quiere usted?... Yo no lo sabía, no podía presumirlo... El día que iba á marcharme me dijo con acento tranquilo: «Llévame, Déchelette... no me dejes sola... yo no podré vivir sin tí...» Hacíame reír esto. Imagíneme usted á mí con una mujer allá abajo, en el país de los Kurdos... El desierto, las fiebres, las noches de vivac... A la hora de comer siguió repitiéndome: «No te molestaré; ya verás qué buena soy...» Luego, viendo que me disgustaba, no insistió más... Después fuimos á Variedades á una platea; todo esto estaba convenido... Parecía contenta; me tenía cogida la mano constantemente, y murmuraba: «Estoy bien...» Como yo me marchaba por la noche, la llevé á su casa en coche; pero estábamos tristes los dos, sin hablar. Ni siquiera me dió las gracias por un paquetito que deslicé en su bolsillo, y que contenía lo preciso para vivir con desahogo uno ó dos años. Cuando llegamos á la calle de Labruyère me pidió por favor que subiera. Yo no quería.—«Te lo ruego... hasta la puerta de mi cuarto solamente.» Pero una vez allí me resistí y no entré. Mi billete estaba tomado, hecha mi maleta, y además había dicho ya que me marcharía... Al bajar,

con el corazón un poco afligido, oí que me gritaba algo como estas palabras: «...más pronto que tú...» pero no lo comprendí hasta que llegué á la calle... ¡Oh!...

Se detuvo, fija la vista en el suelo, ante la horrible visión que la acera le representaba ahora á cada paso, aquella masa inerte y negra que agonizaba...

—Murió dos horas después sin pronunciar una palabra, sin formular una queja, mirándome con sus pupilas de oro. ¿Sufría? ¿Me reconoció? La acostamos en su cama, vestida, con una gran mantilla de encaje que la envolvía la cabeza por un lado para ocultar la herida del cráneo. Muy pálida, con un poco de sangre en la sien; todavía estaba bonita y tan buena... pero cuando me incliné una vez para enjugar aquella gota de sangre que salía siempre, inagotable, me pareció que su mirada tomó una expresión indignada y terrible... Una maldición muda que no echaba la pobre muchacha... A la verdad, ¿qué me importaba á mí permanecer aquí algunos días más, ó llevármela conmigo dispuesta á todo como estaba, estorbándome tan poco?... No: el orgullo, la terquedad de la palabra empeñada...

Pues bien, no cedí, y ha muerto; ha muerto por mí, que la quería...

Exaltábase, hablaba en voz alta, siguiéndole el asombro de las gentes, á las que codeaba, bajando por la calle de Amsterdam: y Gaussín, al pasar por delante de su antigua morada, cuyo balcón y cuyo pabellón de zinc veía, acordábase de Fanny y de su propia historia, sintiéndose acometido de un escalofrío, mientras que Déchelette proseguía:

—La he llevado á Montparnasse, sin amigos, sin familia... He querido ser el único que se ocupara de ella... Y desde entonces estoy aquí, pensando siempre en lo mismo, no pudiendo decirme á partir con esta idea que me asedia, y huyendo de mi casa, donde he pasado dos meses tan felices á su lado... Vivo fuera, corro, procuro distraerme, huir de la pupila de esta muerta que me acusa bajo su hilo de sangre...

Y deteniéndose tenaz con este remordimiento, con dos lagrimones que resbalaban sobre su naricilla chata, tan bondadoso, tan enamorado de la vida, decía:

—Vamos á ver, amigo mío, yo no soy malo

á pesar de todo... Pero al fin y á la postre, es algo fuerte lo que he hecho...

Juan procuraba consolarle, atribuyéndolo todo á la casualidad, á la desdicha; pero Déchelette repetía, moviendo la cabeza y apretando los dientes:

—No, no... No me lo perdonaré nunca... quisiera castigarme...

Este deseo de una expiación no cesó de asediarse, hablaba de él con todos sus amigos, con Gaussín, á quien iba á buscar á la salida de la oficina.

—Márchese usted, Déchelette... Viaje, trabaje, eso le distraerá...—le repetían Caoudal y todos los demás, algo inquietos por su idea fija, por aquel encarnizamiento en hacer que le repetieran que él no era malo. Por último, una noche, sea porque hubiese querido volver á ver el estudio antes de partir, ó porque un proyecto decidido de acabar con su pena le llevase allí, volvió á su casa, y por la mañana, los obreros que trabajaban por los arrabales para ir á su trabajo, le recogieron con el cráneo partido en dos sobre las piedras, ante su puerta, muerto por el mismo suicidio que la mujer, con los

misimos horrores, el mismo estruendo de una desesperación que se tira á la calle.

En el estudio á media luz se aglomeraba un tropel de artistas, modelos, mujeres de teatro, todos los danzantes y comensales de las últimas fiestas. Había allí un ruido de tacones, de cuchicheo, un rumor de capilla, bajo la corta luz de los cirios. Miraban por entre las lianas y el follaje el cadáver expuesto en una tela de seda rameada con flores de oro, cubriendo con un turbante la asquerosa herida de la cabeza y tendido á lo largo, con sus manos blancas sobre el pecho, manos que así delataban el abandono, el desprendimiento supremo de las cosas sobre el diván á que daban sombra las glicinas donde Gaussin y su querida se conocieron la noche del baile.

X

Así, pues, en estas rupturas se muere á veces... Ahora, cuando disputaban, Juan no se atrevía á hablar ya de su marcha, no gritaba exasperado como antes: «Afortunadamente esto va á concluir.» Hubiérala bastado replicar: «Está bien, vete; pero yo me mataré, haré lo que hizo ésa...» Y esa amenaza que se figuró entrever en la melancolía de sus miradas, en las canciones que cantaba, en las distracciones de sus silencios, le turbaba hasta el espanto.

Sin embargo, había sufrido el examen de clasificación que para los agregados consulares termina la residencia ministerial; aprobado con buena nota iban á nombrarle para uno de los puestos vacantes; ya no era más que cuestión de semanas, de días... Y á su alrededor, en aquel fin de estación, con días cada vez más cortos,

apresurábase también todo para llegar á los cambios del invierno. Una mañana Fanny, al abrir la ventana y ver la primera niebla, gritó:

—¡Calle, las golondrinas se han ido!

Una tras otra las quintas de recreo del país cerraban sus persianas; en el camino de Versalles sucedíanse los carros de mudanza y los grandes ómnibus de campo, cargados de paquetes, con penachos de plantas verdes en su plataforma, mientras que las hojas se iban en torbellinos, rodaban como las nubes que huían muy bajas en el cielo, y en tanto que los haces subían muy altos en los campos segados. Detrás de las huertas, despojadas, degradadas por la falta de verdor, y los *chalets* cerrados, los lavaderos de rojo tejado se agrupaban formando un triste paisaje; y al otro lado de la casa, la vía férrea quedaba al descubierto, desplegando á lo largo del bosque que se pintaba á la grisalla, su negra línea viajera.

¡Qué crueldad era dejarla allí completamente sola, con aquella tristeza de las cosas! Sentía de antemano que su corazón desfallecía; jamás tendría valor para la despedida. Con esto era con lo que ella contaba, esperándole en aquel

minuto supremo, y hasta llegar á él, tranquila, sin hablar de nada, fiel á su promesa de no poner obstáculos á esta marcha prevista y consentida en todo tiempo. Un día regresó del Ministerio con esta noticia:

—Me han nombrado...

—¡Ah!... ¿Y para qué sitio?

Le preguntaba con tono indiferente; pero descoloridos los labios y los ojos, y con tal crispación en todo el rostro, que no quiso hacerla esperar más tiempo: «No, no... todavía no... Le he cedido el turno á Hedouin... esto nos da seis meses por lo menos.»

Con esto hubo un desbordamiento de lágrimas, de risas, de locos besos que balbuceaban: «Gracias, gracias... ¡Qué buena vida voy á darte ahora!... ¿Sabes? Eso era lo que me hacía mala, esa idea de la marcha...» Iba á prepararse mejor, á resignarse á ello poco á poco. Y además, dentro de seis meses ya no estarían en el otoño ni habría la repercusión de aquellas historias de muerte.

Cumplióle su palabra. No hubo ya nervios ni reyertas, y ~~hasta~~ para evitar los enojos que causaba el niño, se decidió á que entrara en un co-

legio en Versalles. No salía más que los domingos, y si este nuevo régimen no modificaba tampoco su naturaleza rebelde y selvática, enseñábase al menos la hipocresía. Vivían tranquilos, saboreando sin borrascas las comidas con los Hettema, y volviendo á abrir el piano para tocar las partituras favoritas. Pero en el fondo, Juan estaba más turbado, más perplejo que nunca, preguntándose hasta donde le llevaría su debilidad, pensando á veces en renunciar á los consulados, á pasar haciendo el servicio en las oficinas. Era París el convenio de amancebamiento renovándose indefinidamente; y todo el sueño de su juventud cayendo á tierra, y la desesperación de su familia, la segura riña con su padre, que no le perdonaría este abandono, sobre todo cuando supiese los motivos que lo producían.

¿Y por quién?... Por una criatura envejecida, gastada, á la que no amaba ya, puesto que adquirió la prueba de ello en presencia de sus amantes... ¿Qué maleficio había en aquella vida en común?

Al subir al vagón una mañana en los últimos días de Octubre, la mirada de una joven fiján-

dose en la suya, le recordó de pronto su encuentro en el bosque, aquella radiante gracia de la mujer niña, cuyo recuerdo le persiguió durante algunos meses. Llevaba el mismo traje claro, que el sol entonaba tan lindamente bajo el ramaje; pero cubierto con un gran abrigo de viaje; y en el vagón los libros, un saquito, un ramo de grandes cañas y de las últimas flores, delataban el regreso á París, el término del verano. Ella también le había reconocido, con una sonrisa á medias que temblaba en la limpidez de agua de manantial con que brillaban sus ojos, y hubo en un segundo la inteligencia tácita del mismo pensamiento entre aquellos dos seres.

—¿Cómo está su madre de usted, Sr. de Armandy?—preguntó de repente el viejo Bouche-reau, á quien Juan, ofuscado al entrar, no había visto escondido en un rincón y leyendo con su pálido rostro inclinado sobre el impreso.

Juan dió las noticias que le pedían, conmoviéndole mucho que se acordaran de los suyos y de él, mucho más conmovido cuando la joven quiso saber algo de las gemelas, que habían escrito á su tío una preciosa carta para agradecerle los cuidados que prodigó á su madre... ¡Las

conocía... Llenóle esto de júbilo; luego como, á lo que parece, aquella mañana tenía una sensibilidad extraordinaria, púsose triste en seguida, al saber que volvían á París, que Bouchereau iba á encargarse de su curso de semestre en la Escuela de Medicina. Ya no tendría probabilidad de volverla á ver... Y los campos que huían por las ventanillas, espléndidos hace poco, le parecían lúgubres, y alumbrados por una luz de eclipse.

El tren lanzó un largo silbido; llegaban. Saludó, los perdió de vista; pero al salir de la estación volvieron á encontrarse, y Bouchereau, en el tumulto de la aglomeración de gente, le advirtió que desde el jueves siguiente recibía en su casa, en la plaza de Vendôme... «Si tenía ganas de tomar una taza de té...» Daba el brazo á su tío, y parecióle á Juan que era ella la que le convidaba sin decir nada.

Después de haber decidido varias veces el ir á casa de Bouchereau, y luego el no ir—pues á nada conducía procurarse pesares inútiles,—abvirtió, no obstante, en su casa, que pronto darían un gran sarao en el Ministerio, al cual le sería forzoso concurrir. Fanny inspeccionaba su

frac; hacíale repasar las corbatas blancas; y bruscamente, el jueves por la tarde no tuvo ya el menor deseo de salir. Pero su querida argumentábale acerca de la necesidad de esta carga, reprochándose el haberle acaparado demasiado, guardándolo para ella egoístamente, y le decidía, acababa de vestirse mirándole tiernamente, retocaba el lazo de su corbata, el rizo de sus cabellos, reía porque sus dedos olían al cigarrillo que cogía y dejaba sobre la chimenea á cada minuto, suponiendo que este olor haría hacer gestos á las que bailaran con él... Y al verla tan regocijada y tan buena, sentía el remordimiento de su mentira, y de buena gana se hubiera quedado con ella junto á la lumbre, si Fanny no le hubiese obligado: «Lo quiero yo... es preciso,» empujándole cariñosamente fuera de la casa hacia la noche del camino.

Era tarde cuando volvió; dormía ella, y la lámpara, alumbrando aquel sueño de cansancio, le recordó otro regreso parecido, tres años antes, después de las revelaciones terribles que acababan de hacerle. ¡Qué cobarde fué entonces! ¿Por qué aberración lo que debía romper su ca-

dena la soldó con más solidez?... A sus labios llegó una náusea de asco. El cuarto, la cama, la mujer, dábanle horror por igual; cogió la luz y llevósela á la habitación inmediata, con mucho tiento. Deseaba tanto estar solo para pensar en lo que le pasaba... ¡Oh! Nada, casi nada.

Amaba.

Hay en algunas palabras que empleamos comunmente un resorte oculto que de pronto las abre hasta el fondo, y nos las explica en su intimidad excepcional; luego la palabra se repliega, recupera su forma pueril, y rueda insignificante, gastada por el uso y lo maquinal. El amor es una de estas palabras; aquellos para quienes su claridad brilló una vez por completo, comprenderán la deliciosa angustia en que Juan vivía desde una hora antes, sin darse cuenta exacta, al principio, de lo que sentía.

Allá, en la plaza de Vendôme, en aquel rincón de la sala donde estuvieron largo rato hablando juntos, no sentía nada más que un gran bienestar, un dulce encanto que le envolvía. Hasta que estuvo fuera, y la puerta se cerró á su espalda, no se vió acometido de una alegría loca, y luego de un desfallecimiento que le hizo creer en

que se abrían todas sus venas. «¿Qué tengo yo, Dios mío?...» Y aquel París, que recorría para regresar, le pareció completamente nuevo, mágico, ensanchado, radiante. Sí; en aquella hora en que se sueltan los animales nocturnos y circulan, en que el cieno de las letrinas vuelve á subir, se instala y hormiguea bajo los mecheros del amarillento gas; él, el amante de Safo, curioso de todas las orgías, aquel París que puede ver la joven al volver del baile, llena la cabeza de compases de vals que tararea á las estrellas envuelto en las blancuras de sus adornos; aquel París casto bañándose en rayos de clara luna, en los que se abren las almas vírgenes, ¡aquel París era el que había visto!... Y de pronto; al subir la ancha escalera de la estación, tan cerca ya de la vuelta al mal refugio, sorprendióse diciendo en voz alta: «¡Es que la amo,.. la amo!...» y así fué como lo supo.

—¿Estás ahí, Juan?... ¿Qué haces?

Fanny se despierta sobresaltada, asustada, al no sentirle á su lado. Es preciso ir á abrazarla, mentir, contar el baile del Ministerio, decir si había lindos tocados y con quién bailó; mas para rehuir esta inquisición, y sobre todo

las caricias que teme, impregnado aún en el recuerdo de la otra, inventa un trabajo apremiante, los dibujos de Hetteema.

—No hay lumbre, vas á tener frío.

—No, no...

—Deja al menos la puerta abierta para que vea yo la lámpara...

Debe llevar su embuste hasta el fin, instalar la mesa, los planos: luego, sentado, inmóvil, conteniendo el aliento, medita, recuerda, y para fijar su sueño, se lo cuenta á Cesáreo en una larga carta, mientras que el viento de la noche mueve las ramas que crujen sin un rumor de hojas; mientras que los trenes se suceden rugiendo unos á otros, y La Balúe, incomodada por la luz, muévase en su jaula, salta en las cañas con vacilantes píos.

Lo dice todo: el encuentro en los bosques, el vagón, su emoción extraña al entrar en aquellos salones que vió tan lúgubres y trágicos el día de la consulta, con los cuchicheos furtivos en las puertas, y las tristes miradas cambiadas de silla á silla, y aquella noche tan animados y ruidosos en larga hilera luminosa. El mismo Bouchereau no tenía su fisonomía dura, aquella pu

pila negra, investigadora y desconcertadora bajo sus espesas y cerdosas cejas, sino más bien una expresión reposada y paternal de buen hombre que consiente en que se diviertan en su casa.

«De pronto vino hacia donde yo estaba y ya no ví nada más... Amigo mío, se llama Irene, es linda, tiene cara de buena, y los cabellos de ese color castaño dorado de las inglesas, una boca de niña siempre dispuesta á reír... ¡Oh! pero no con esa risa sin alegría, que molesta á verla en tantas mujeres: una verdadera expansión de juventud y de dicha... Ha nacido en Londres; pero su padre era francés y no tiene mala pronunciación, y sí sólo una admirable manera de pronunciar ciertas palabras, de decir «tío», que á cada momento hace brotar una caricia de los ojos del anciano Bouchereau. Vive con él para ayudar de este modo á la familia de su hermano, que es numerosa, y reemplazar á la hermana Irene, la mayor, que se casó hace dos años con su jefe de clínica. Pero á ella no le gustan los médicos... ¡Me ha divertido mucho con las tonterías de un joven sabio que exigía ante todo á su prometida un compromiso formal y solemne de legar sus dos cuerpos á la Sociedad

de Antropología!... Ella es un ave de paso. Le gustan los barcos, el mar; la vista de un bauprés en franquía la arrebató... Todo esto me lo dijo desembarazadamente como á un camarada, mostrándose muy *miss* en sus modales, á pesar de su gracia parisiense, y yo la escuchaba encantado de su voz, de su risa, por la conformidad de nuestros gustos, con la íntima certidumbre de que estaba allí la felicidad de mi vida, al alcance de mi mano, y que no tenía más que cogerla, llevármela lejos, muy lejos, adonde me lleve mi aventurera carrera...»

—Ven y acuéstate, dueño mío...

Se sobresalta, se detiene, oculta instintivamente la carta que está escribiendo: «En seguida... duerme, duerme...»

Hablaba con ira, é inclinándose, escucha cómo vuelve el sueño á aquella respiración de mujer, porque están muy cerca uno de otro, ¡y sin embargo, tan lejos!

«...Sucedá lo que quiera, este amor y este encuentro serán la libertad. Tú conoces mi vida: has comprendido, sin que hablemos de ello jamás, que es la misma de siempre, que no he podido desatarme. Pero lo que no sabes es que es

taba dispuesto á sacrificar fortuna, porvenir, todo, ante esta costumbre fatal en que me empeñaba más cada día. Ahora he encontrado el resorte, el punto de apoyo que me faltaba; y para no dejar arbitrios á mi debilidad, he jurado no volver allá más que libre y separado... Mañana es la evasión...»

No fué al día siguiente ni al otro. Era preciso un medio de evadirse, un pretexto, el desenlace de una reyerta, en la que se grita: «¡Me voy!» para no volver: y Fanny mostrábase dulce y alegre como en los primeros tiempos del amanecimiento, llenos de ilusiones.

¿Escribir «esto se ha terminado» sin más explicaciones?... Sí; pero aquella mujer violenta no se resignaría tan fácilmente, le perseguiría, se obstinaría hasta en esperarle á la puerta de su hospedaje, de su oficina. No; era preferible atacar de frente, convencerla de lo irrevocable, de lo definitivo de esta ruptura, y sin cólera y al par sin compasión, enumerarla los motivos.

Pero con estas reflexiones acometióle el miedo por el suicidio de Alicia Doré. Había delante de su casa, al otro lado del empedrado, una calleja en cuesta que conducía á la vía, cerrada

con una barrera: los vecinos iban por allí los días de mucha gente, para ir siguiendo los rails hasta la estación. Y la imaginación del meridional veía, después de la escena de su ruptura, á su querida salirse del camino, irse á esta senda, echarse bajo las ruedas del tren que le llevaba á él. Este temor le asediaba hasta el punto de que la sola idea de esta barrera, entre dos tapias cubiertas de hiedra, hacía retrasar la explicación.

¡Si siquiera hubiese tenido allí un amigo, alguien que la vigilara y la asistiera en esta primera crisis! Pero soterrados en su amancebamiento como marmotas, no conocían á nadie y no era ciertamente á los Hettema, á aquellos egoístas monstruosos, lucientes y anegados en grasa, bestializados más aún por la proximidad de su invernada de Esquimales, á los que hubiese podido llamar en auxilio de su desesperación y de su abandono.

Era, sin embargo, preciso romper con todo, y romper pronto. A pesar de la promesa que se hizo á sí propio, Juan había vuelto dos ó tres veces á la plaza de Vendôme, cada vez más cautivo, y aunque nada hubiese dicho aún, la

acogida que le hacía Bouchereau con los brazos abiertos, la actitud de Irene, en la que se mezclaban y confundían la reserva, la ternura y la indulgencia, y como la conmovida espera de una declaración, advertíale todo que no tardase más en explicarse. Agréguese á esto el suplicio de mentir, los pretextos que inventaba á Fanny y la especie de sacrilegio que había en pasar de los besos de Safo al cortejo discreto y balbuciente...